

EL LUNES DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Diciembre 17 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.--Núm. 20.

UNA COMPOSICION INÉDITA

DE
OLEGARIO V. ANDRADE

A nuestro grande y querido poeta D. Alejandro Magariños Cervantes debemos la que para nuestros lectores será grata sorpresa de ver publicada en el LUNES DE LA RAZON, una composicion inédita del cantor de ATLÁNTIDA, del inolvidable Olegario Andrade, por quien todavía visten con negros crespones las Musas americanas.

Cuando el doctor Magariños Cervantes publicaba en LA RAZON sus interesantes y eruditos artículos sobre el gran poeta argentino, que aparecieron bajo el título de EL PRECIO DE LA GLORIA, el doctor D. Clodomiro Cordero envió al cantor del LEON CAUTIVO un paquete conteniendo papeles referentes á Andrade, y entre ellos vino la composicion con que hoy nos obsequia nuestro viejo y querido bardo, escrita de puño y letra del autor de PROMETEO, y que dice así:

EL BANQUILLO

(IMITACION DE VÍCTOR HUGO)

El hombre

BAJO mi pié la tierra es de granito,
Los arroyos de sólido cristal,
Y la hervorosa sangre se congela
A los besos del ábrego glacial.

Arbol, gigante de cabeza cana,
Que en la espesura gimes de dolor,
De cuyas hojas caen limpidas gotas,
Llanto de tu aterido corazon:
Voy á lanzar sobre tu frente el rayo,
El rayo de mi cólera mortal,
Y á desgajar tus ramas amarillas
Para encender la lumbre de mi hogar.

El árbol

Tronco nacido de la tierra fria,
Doy al mundo mi savia y mi calor,
Es la hermosa mision que me dió el cielo.
Hiere buen leñador!

El hombre

Arbol de fresca y perfumada sombra,
Confidente del aura matinal,
Adonde viene á preludiar sus trovas,
Poeta de las selvas, el zorzal.
¿Quiéres servir en rústicas labores?
¿Quiéres la esteva de mi arado ser
Para abrir ancho surco en la llanura
Donde germina la dorada mies?

El árbol

Oh! Sil En la frente de la tierra inculca
Mi reja la honda huella grabará,

Como del genio en la cerviz altiva
Arrugas deja el pensamiento audaz.
Y con el riego del sudor del hombre,
En vez de sangre de fraterna lid,
Surja la dulce paz, de ojos de cielo,
La espiga de oro, y la robusta vid.
Yo sufriré los golpes de tu brazo,
Sin exhalar un grito de dolor:
Santo heroismo es el trabajo honrado.
Hiere, buen labrador!

El hombre

Arbol frondoso, á cuyo pié desplega
El arroyo su alfombra de cristal,
¿Quiéres ser el harcon de mi cabaña,
La sólida columna de mi hogar?

El árbol

Yo que di asilo al fugitivo ciervo,
Al tigre hambriento, al áspid matador,
¿Por qué no lo he de dar al hombre errante,
Y ser mudo testigo de su amor?
Hiere, buen carpintero, el tronco añoso
Que no pudo tronchar el huracan;
Venga el anciano, la mujer y el niño;
Yo sostendré la choza paternal.

El hombre

Quiero cruzar el piélago profundo,
Nuevo horizonte á mis afanes dar,
Otra brisa, otro cielo, y otro mundo
Me esperan en la vasta inmensidad.
Te arrastraré hasta la húmeda ribera
Que acarician las olas en tropel;
Diré adios al hogar y á la familia,
Y el mástil tú serás de mi bajel.

El árbol

Un ave, que durmió sobre mis ramas,
Fatigada de tanto caminar,
Me dijo que venia de otros climas,
Donde la primavera es inmortal.
Y un ave pasajera, vino un dia
En mi más alta rama á descansar:
Le hablé con el lenguaje de las hojas,
Y me contó su viaje por el mar.
De la esposa del sol, me dijo, que era
El ondulante ceñidor azul,
En que las olas son las blancas perlas,
Y las espumas el liviano tul.
¿Cuántas veces miré el águila errante
Navegando entre mares de arrebol!
Hiere, buen calafate, que ambicionado
Otro mundo, otro cielo, y otro sol!

El hombre

Derribaré tu corpulento tronco,
Y el poste del patíbulo será,
Donde, implacable, la justicia humana
Se alce sobre sangriento pedestal.

El árbol

¡El poste del patíbulo! . . . ¡Silencio! . . .
Aparta, aparta el hacha, hombre feroz!
Se estremecen mis hojas á tu acento—
Yo no nací para insultar á Dios!
De mis ramas colgó su nido el ave;
Fruto maduro al hombre regalé;
Le di sombra en las horas del estío,
Cuando apagaba el manantial su sed.
¿Por qué queréis colgar frutos de muerte,
Despojos de la víctima infeliz?
Que ántes consuma mi ramaje el rayo,
O el huracán me arranque de raíz!
Al árbol misterioso de la selva,
Con quien el viento habla en baja voz,
¿Queréis confiar secretos de venganzas
Terribles cual la cólera de Dios?

Olegario V. Andrade.

La princesa y el granuja

CUENTO DE AÑO NUEVO

I

PACORRITO Migajas era un gran personaje. Alzaba del suelo poco más de tres cuartas á pesar de que su edad frisaba en los siete años. Tenía la piel curtida del sol y del aire y una carilla avejentada que más bien le hacia parecer enano que niño. Sus ojos eran negros y vividores, con grandes pestañas como alambres. Pero su boca daba miedo de puro fea, y sus orejas al modo de abanico, antes parecían pegadas que nacidas. Vestía gallardamente una camisa sin color, y un pantalon hecho de remiendos y sostenido con un solo tirante. En invierno abrigábase con una chaqueta que fué de su abuelo, y que despues de cortadas las mangas por el codo, á Pacorríto le venia que ni pintada para gaban. En el cuello le daba varias vueltas un guñapo con aspiraciones á bufanda, y la *cholla* la cubria con una gorrita que *arramblo* en el Rastro. No usaba zapatos por serle esta prenda de grandísimo estorbo, ni tampoco medias porque le molestaba el punto. La familia de Pacorríto Migajas no podia ser más ilustre. Su padre, acusado de haber hecho un escaló por la alcantarilla, habia ido á tomar aires á Ceuta, donde murió. Su madre, que era una señora muy *apersonada* y que por muchos años tuvo puesto de castañas en la cava de San Miguel, fué también metida en líos de justicia y despues de muchos embrollos y dimes y diretes con jueces y escribanos, me la empaquetaron para Alcalá. Aún quedaba á Pacorríto su hermana, pero ésta, abandonando su plaza en la fábrica de tabacos, se fué á Sevilla en seguimiento de un sargento de ingenieros, y esta es la hora en que no ha vuelto. Estaba, pues, Migajas solo en el mundo, sin más familia que él mismo, sin más amparo que el de Dios, ni otro guía que su propia voluntad.

II

¿Pero creará el pio lector que Pacorríto se acobardó al verse solo? Nada de eso. El habia tenido ocasion en su breve existencia de conocer los vaivenes del mundo, las injurias del destino y una

gran parte de lo falso y mentiroso que encierra la vida. Llenóse de energia y afrontó la situación como un héroe. Afortunadamente tenia grandes relaciones con diversa gente de su estofa y aún con hombres barbudos que parecian dispuestos á protegerle, y bulle que bulle, aquí me meto y allí me saco, consiguió dominar su misero estado. Vendía fósforos, periódicos y billetes del Pardo ó de las Escuelas católicas, tres ramos de la industria que explotados con inteligencia podian asegurarle honradas ganancias, así es que á Pacorríto nunca le faltaban cuatro cuartos en el bolsillo para sacar de un apuro á un amigo, ó para obsequiar á las amigas. No inquietaban gran cosa á Migajas ni las molestias del domicilio ni las impertinencias del casero.

Sus palacios eran el Prado en verano, y en invierno los portales de la casa Panadería. Varon sóbrio y enemigo de pompas mundanas, se contentaba con un rincón cualquiera para pasar la noche. Comia, como los pájaros, lo que encontraba sin que jamás se apurase por esto, á causa de cierta conformidad religiosa que existia en su alma, y de su instintiva fé en los misteriosos dones de la Providencia que á ningun ser grande ni chico desampara.

Los que esto lean creerán que Pacorríto Migajas era feliz. Parece natural que lo fuese. Si carecia de familia, gozaba de preciosísima libertad, y como sus necesidades eran muy pocas, vivia holgadamente de su trabajo, sin deber nada á nadie; sin que le quitáran el sueño ambiciones ni disgustos; pobre, pero tranquilo; desnudo el cuerpo, pero lleno de paz sabrosa el espíritu. Pues á pesar de esto, Pacorríto Migajas no era feliz. ¿Por qué? Porque estaba enamorado hasta las gachas, como se suele decir.

Sí, señores, aquel Pacorríto tan pequeño y feo y tan pobre, y tan solo, amaba. ¡Ley inexorable del mundo, que no permite á ningun ser, cualquiera que sea, redimirse del yugo del amor!

Amaba nuestro héroe con delirio, á veces con exaltado idealismo, libre de todo pensamiento impuro, á veces con ardoroso fuego. Su corazón volcánico tenia sensaciones de todas clases para el objeto amado: ora dulces y platónicas como las del Petrarca, ora arrebatadas como las de Romeo, y si por ideológico remodaba al Dante, por lo sutilmente cariñoso se parecia á Abelardo.

¿Y quién habia inspirado á Pacorríto pasión tan terrible? Pues una dama que arrastraba vestidos de seda y terciopelo con vistosas pieles, una dama de cabellos rúbios, que en bucles descendian sobre su alabastrino cuello, una dama que solia gastar quevedos de oro, y á veces tocaba el piano.

III-

Véase cómo la conoció Pacorríto y quién era aquella celestial hermosura.

Migajas extendia la esfera de sus operaciones mercantiles por la mitad de una de las calles que afluyen á la Puerta del Sol. Es esta calle muy concurrida y tiene hermosas tiendas que de dia adornan sus escaparates con mil prodigios de la industria, y por la noche se iluminan con la resplandeciente claridad del gas. Entre estas tiendas, la más bonita es una que pertenece á un alemán y que está llena de chucherías preciosísimas destinadas á grandes y pequeños. Por Carnaval se llena de caretas burlescas, por Semana Santa de figuras piadosas, por Navidad de Nacimientos y árboles cargados de juguetes, y por Año Nuevo de magníficos objetos para regalos.

La pasión volcánica de Pacorríto empezó cuando el alemán puso en su escaparate una encantadora colección de damas vestidas de raso y terciopelo, con los más ricos trajes que puede imaginar la fantasía parisiense. Casi todas tenían más de media vara de estatura. Sus rostros eran de la más fina y purificada cera, y ningun carmin de frescas rosas se igualaba al rubor de sus mejillas. Sus azules ojos de vidrio brillaban con más fulgor que la pupila humana. Sus cabellos de finísima lana rizada podian compararse, con más razón que los de muchas damas, á los rayos del sol; y las fresas de Abril, las cerezas de Mayo,

y el coral de los mares parecerían pálidos en comparación de sus labios rojos. Eran tan juiciosas que jamás se movían del sitio en que las colocaban. Solo crujía el gozne de madera de sus rodillas, hombros y codos, cuando el alemán las sentaba al piano, ó las hacía tomar los lentes para mirar á la calle. De resto no daban nada que hacer y jamás dijeron esta boca es mía. Entre ellas había una que era la más hermosa, la más alta, la más bien vestida, la más señora. Debía ser mujer de elevada categoría á juzgar por su ademán grave y pomposo, y cierto aire de protección que le sentaba á maravilla.

¡Gran mujer! dijo Pacorríto la primera vez que la vió; y por más de una hora estuvo junto al escaparate, contemplando tan acabada hermosura.

IV.

Nuestro personaje se hallaba en ese estado particular de aletargamiento y exaltación en que aparecen los héroes de las novelas amorosas. Su cerebro hervía; en su corazón se enroscaban culebras mordedoras, su pensamiento era un volcán; deseaba la muerte; aborrecía la vida; hablaba sin cesar consigo mismo; miraba á la luna; se volvía loco; etc.

¡Cuántas veces le sorprendió la noche en melancólico arrobamiento delante del cristal, olvidado de todo, hasta de su propio comercio y modo de vivir! Mas no era por cierto muy desairada la situación del buen Migajas, quiero decir, que era hasta cierto punto correspondido en su loca pasión. ¿Quién puede medir la intensidad amorosa de un corazón de palo? El mundo está lleno de misterios. La ciencia es vana y jamás llegará á lo íntimo de las cosas. ¡Oh, Dios! ¿será posible algún día fijar un límite á la esfera de lo inanimado? Lo inanimado no existe. Atrás los pedantes que deteniéndose ante una piedra le dicen: Tú no tienes alma. Solo Dios sabe cuáles son las verdaderas dimensiones de ese Limbo inmenso donde yace todo lo que no ama.

Bien seguro estaba Pacorríto de que la dama le miraba, y aun sin moverse ni pestañear ni abrir la boca, decíale mil cosas deleitables, ya dulces como la esperanza, ya tristes como el presentimiento de sucesos infaustos. Con esto se encendía más y más en el corazón de Migajas la llama que lo devoraba y su mente atrevida concebía sublimes planes de seducción, rapto y aun de matrimonio, ¡que tanto pedía la fuerza incontrastable del sentimiento!

Una noche el amartelado galán acudió puntual á la cita. La señora estaba sentada al piano con las manos suspendidas sobre las teclas y el divino rostro vuelto hácia la calle. El granuja y ella se miraron.

¡Ay! Cuánto idealismo, cuánto frenesí en aquella mirada! Los suspiros sucedieron á los suspiros; y las ternezas á las ternezas, hasta que un suceso imprevisto cortó el hilo de tan dulce comunicación amorosa, truncando de un golpe la felicidad de los dos amantes.

Fué como esas súbitas catástrofes providenciales que hieren mortalmente los corazones, dando origen á suicidios, tragedias y otros lamentables casos. Una mano penetró en el escaparate por la parte de la tienda, y cogiendo á la señora por la cintura se la llevó adentro. Al asombro de Migajas sucedió una pena tan viva que deseó morir en aquel mismo instante.

¡Ver desaparecer al objeto amado, como si se lo tragara la insaciable tumba y no poder detener aquella existencia que se escapa! ¡y no poder seguirla aunque fuera al mismo infierno! ¡Ah! esto era superior á las fuerzas de un mortal, y Pacorríto, á pesar de su inmensa energía, se sintió desfallecer.

Estuvo á punto de caer al suelo; pensó en el suicidio; invocó á Dios y al diablo....

—¡La han vendido!—murmuró sordamente. Y se arrancó los cabellos, y se arañó el rostro; y á causa de las convulsiones de su

desesperación se le cayeron al suelo los fósforos, los periódicos y los billetes del Pardo.

V

Repuesto al cabo de su violenta emoción, Pacorríto miró hácia el interior de la tienda, vió á unas niñas y á dos ó tres personas mayores hablando con el alemán.

Una de las chicas sostenía en sus brazos á la dama de los pensamientos de Migajas. Hubiérase lanzado este con ímpetu salvaje dentro del local; pero se contuvo, poniendo un freno á su ardoroso afán, por temor á que viendo su facha estrambótica, le adjudicaran una paliza ó le entregaran á una pareja. Fijo en la puerta, pensaba en los horrores de la trata de blancos, en aquella nefanda institución tirolesa, por la cual unos cuantos duros deciden la suerte de honradas criaturas, entregándolas á la destructora ferocidad de niños mal criados. ¡Ay! ¡Cuán miserable le parecía á Pacorríto la naturaleza humana!

Los que habían comprado á la señora salieron de la tienda, y entraron en un coche de lujo. ¡Cómo reían los tunantes!

Hasta el más pequeño, que era el más mimoso, se permitía tirar de los brazos á la desgraciada muñeca, á pesar de tener él para su exclusivo goce variedad de juguetillos propios de su edad. Las personas mayores también parecían muy satisfechas de la adquisición. Mientras el lacayo recibía órdenes, Pacorríto, que era hombre de resoluciones audaces y heroicas,—concebía un plan que consistía en colgarse á la zaga del coche. Así lo hizo con la agilidad cuadrumana que emplean los granujas cuando quieren pasear en coche de un cabo á otro de la villa. Alargando el hocico hácia la derecha veía asomar por la portezuela uno de los brazos de la señora vendida al vil metal. Aquel brazo rígido y aquel puño cerrado hablaban enérgico lenguaje á la imaginación de Migajas, y en medio del estrépito de las ruedas oía estas palabras:—¡Sálvame, Pacorríto mío, sálvame!

En el pórtico de la gran casa donde se detuvo el coche, cesaron las ilusiones del granuja, porque un criado le dijo que si manchaba con sus pies enlodados el piso del vestíbulo, le rompería el espinazo.

Ante esta incontestable razón, Migajas se retiró con el alma destrozada, lleno el corazón de un rabioso anhelo de venganza. Su ardiente temperamento le impulsaba á seguir adelante, arrojándose en brazos de la fortuna y en las tinieblas de lo imprevisto. Era un alma á propósito para las grandes y dramáticas aventuras. Así es que se concertó con los que iban á recoger la basura á la casa donde estaba en esclavitud su adorada, y por tal medio, que podrá no ser poético, pero que revela agudeza de ingenio y un corazón como un templo, Migajas se introdujo en el palacio. ¡Cómo le palpitaba el corazón cuando subía y penetraba en la cocina!

La idea de estar cerca de ella le confundía de tal suerte, que más de una vez se le cayó la espuerta de la mano, derramándose en la escalera. Pero de ningún modo podía saciar aquella ardiente sed de sus ojos, que anhelaban ver á la hermosa dama. Pacorríto sentía lejanos chillidos de niños juguetones; pero nada más. La gran señora por ninguna parte aparecía.

Los criados de la casa, viéndole tan pequeño y tan feo, se burlaban de él, mas uno de ellos que era algo compasivo le daba golosinas. Una mañana en que hacía mucho frío, el cocinero, ya fuese por lástima ya por maldad, le dió á beber de un vino áspero y muy picon. Pacorríto sintió dulcísimo calor en todo el cuerpo y un vapor ardiente que le subía á la cabeza.

Sus piernas flaqueaban, sus brazos desmayados caían con abandono voluptuoso. Del pecho le brotaba una risa juguetona, que iba afluendo de su boca como un arroyo sin fin, y Pacorríto reía y se agarraba con ambas manos á la pared para no caer. Un puntapié vigoroso, sacudiéndole todo, modificó un tanto la risa, y con la mano en la parte dolorida Pacorríto salió de la cocina. Su cabeza seguía trastornada. El no sabía á donde se

dirijian sus pasos. Corrió tambaleándose y riendo de nuevo, pisó frios ladrillos, y despues un suave entarimado, y luego tibias alfombras. De repente sus ojos se detuvieron en un objeto que yacia sobre el suelo.

B. PEREZ GALDÓS.

(Continuara.)

NANTAS

TRADUCCION DE EMILIO ZOLA

I

EL cuarto que Nantas ocupaba desde su venida de Marsella se encontraba en el último piso de una casa de la calle Lille, al lado del hotel del baron de Danvillers, miembro del Consejo de Estado. Nantas, inclinándose, podia apercibir un extremo del jardin del hotel, donde árboles soberbios daban su sombra. Más allá, por encima de las cumbres verdes, una avenida se abria en direccion á Paris, y se veia la rada del Sena, las Tullerías, el Louvre, la fila de los malecones, hasta perderse la vista en el Padre-Lachaise.

Era una pequeña habitacion abohardillada con una ventana abierta en el tejado. Nantas la habia amueblado sencillamente con una cama, una mesa y una silla. Habia descendido hasta allí, buscando la economía, decidido á habitar allí hasta que no hubiera mejorado de situacion. El empapelado sticio, el techo negro, la miseria y la desnudez de este gabinete donde no habia chimenea, no lo preocupaban. Desde que se adornecia frente al Louvre y las Tullerías, se comparaba á un general que duerme en cualquier posada miserable, al borde de un camino, delante de la ciudad inmensa y rica que ha de tomar por asalto al dia siguiente.

La historia de Nantas era corta. Hijo de un albañil de Marsella, habia principiado sus estudios en el liceo de esta ciudad, impulsado por la ambiciosa ternura de su madre, que soñaba hacerlo un señor. Los padres se habian sacrificado hasta que obtuvo el bachillerato. Despues, habiendo muerto la madre, Nantas tuvo que aceptar un pequeño empleo en casa de un comerciante, donde arrastró durante doce años una vida cuya monotonia lo exasperaba. Habria huido de allí más de una vez, si su deber de hijo no lo hubiera clavado en Marsella, cerca de la cama de su padre caido de un andamio y quedado impotente en consecuencia para el trabajo. Entonces tenia que sufragar todas las necesidades de la casa. Pero una tarde, al volver á ella, encontró al albañil muerto, con la pipa caliente todavia al lado suyo. Tres dias más tarde, vendia su pequeño menaje, y partia para Paris con doscientos francos en el bolsillo.

Habia en Nantas una ambiciosa tenaz de fortuna que habia heredado de su madre. Era un muchacho de pronta resolucion y fria voluntad. Cuando muy joven, él decia: «soy una fuerza. Se habian reido frecuentemente de él, cuando se entregaba á hacer confidencias, y á repetir la frase favorita: «Soy una fuerza», frase que habia llegado á ser cómica, cuando se le vela con su delgado redingote negro, quebrado en los hombros, y cuyos mangos le subian hasta más allá de los puños. Poco á poco, se habia hecho una religion de la fuerza, no viendo más que á ella en el mundo, y convencido de que los fuertes son á pesar de todo los victoriosos.

Segun él, bastaba querer para poder. Lo demás no tenia importancia.

El domingo, cuando se paseaba solo por los alrededores de Marsella, se sentia con genio; del fondo de su sér, surgia una impulsión instintiva que lo llevaba hácia adelante; y volvia á comer alguna platada de papas con su padre enfermo, dicién-

dose entre sí que algun dia le habia de llegar su turno en esta sociedad donde él no era nada aún á los treinta años. No sentia una envidia ruin, un apetito de goces vulgares; era el sentimiento mas puro de una inteligencia y de una voluntad que no estando en su lugar, entendian que debian ocuparlo, por una necesidad natural y lógica.

Desde que pisó las calles de Paris, Nantas creyó que le bastaria alargar las manos para encontrar una situacion digna de él. El mismo dia púsose en campaña. Se le habian dado cartas de recomendacion, que llevó á su direccion; además, golpeó en casa de algunos compatriotas, esperando su apoyo. Pero, al cabo de un mes, no habia obtenido ningun resultado: los momentos eran malos, decian; por otra parte, hacianle promesas que nunca se cumplan. Sin embargo, su pequeña bolsa se vaciaba; le quedaba á lo más una veintena de francos. Y fué con estos veinte francos que tuvo que vivir todo un mes todavia, no comiendo mas que pan, recorriendo Paris mañana y tarde, y volviendo á acostarse sin luz, abrumado de fatiga, siempre con las manos vacías. No se desanimaba; solamente una sorda cólera crecia en él. La su parca parecia ilógica é injusta.

Una noche, Nantas volvió á su cuarto sin haber comido. En la vispera habia concluido su último pedazo de pan. Ni plata, ni un amigo que le prestase veinte sueldos. La lluvia habia caido durante todo el dia, una de esas lluvias grises de Paris que son tan frias. Un rio de barro-corria por las calles. Nantas, mojado hasta los huesos, habia ido á Bercy, despues á Montmartre, donde se le habian indicado empleos; pero en Bercy, la plaza estaba ocupada, y en Montmartre no se habia encontrado bastante bella su escritura. Estas eran sus dos últimas esperanzas. El hubiera aceptado cualquier cosa, en la certidumbre de que encontraria su fortuna en la primera situacion venida. No pedia en el primer momento mas que pan, de qué vivir en Paris, y un terreno cualquiera para edificar en seguida piedra por piedra. De Montmartre á la calle de Lille, anduvo lentamente, el corazon anegado de amargura. La lluvia habia cesado, una multitud atareada lo atropellaba en las veredas. Detúvose algunos instantes delante de la casa de un cambista: cinco francos le habrian quitado bastado para ser un dia el dueño de todo ese mundo; con cien francos se puede vivir ocho dias, y en ocho dias se hacen muchas cosas. En esto que él pensaba así, un carruaje pasó salpicándolo de barro, y tuvo que limpiarse las manchas de la frente. Entonces, caminó más ligero, apretando los dientes, presa de un deseo feroz de caer puñetazos sobre la multitud que ocupaba las calles: esto lo habria vengado de la estupididad de su destino.

En medio de la plaza del Carrousel, arrojó sobre las Tullerías una mirada celosa. En el puente de los Santos Padres una muchacha bien puesta lo obligó á separarse de su camino, que seguia con la rapidez de un jabali perseguido por un ajauria; y esta desviacion le pareció una suprema humillacion: ¡hasta los niños le impedian pasar! En fin, cuando se hubo refugiado en su habitacion, así como una fiera herida vuelve á morir á su caverna, se sentó pesadamente sobre la silla, aplastado, examinando su pantalon que el barro habia endurecido, y sus zapatos destalonados que dejaban correr el agua sobre el piso.

Esta vez, era seguramente la última. Nantas se preguntaba cómo se mataría. Su orgullo estaba firme; creia que su suicidio iba á castigar á Paris. Ser una fuerza, sentir en sí una potencia, y no encontrar una persona que os advine, que os dé el primer escudo de que tengais necesidad! Esto le parecia de una torpeza monstruosa; su sér entero se sublevaba de cólera. Luego, era para él un inmenso pesar esto de que sus miradas cayeran sobre sus brazos inútiles. Ninguna necesidad sin embargo le daba miedo; con el extremo de su dedo indice habria levantado un mundo; ¡y permanecia allí en un rincon, reducido á la impotencia, consumiéndose como un leon en una jaula! Pero en seguida se calmaba, encontraba la muerte más grande.

Le habian referido cuando chico la historia de un inventor que, habiendo construido una maravillosa máquina, rompióla un día á martillazos ante la indiferencia del vulgo.

Pues bien: él era ese hombre; llevaba en sí una fuerza nueva, un mecanismo raro de inteligencia y voluntad, é iba á destruir esta máquina abriéndose el cráneo sobre el empedrado de la calle.

El sol caía detrás de los grandes árboles del hotel Danvilliers, un sol de otoño, cuyos rayos de oro alumbraban las hojas amarillas. Nantas se levantó como atraído por este adiós del astro. Iba á morir, tenia necesidad de luz. Inclínose un momento. Con frecuencia, entre el follaje, al torcer de una avenida, habia apercibido una muchacha rubia, corpulenta, que andaba con un orgullo de princesa. El no era romántico; habia pasado ya esa edad en que los jóvenes sueñan, en las bohordillas, que mujeres del gran mundo vienen á traerles grandes pasiones y grandes fortunas. Sin embargo, llegó á la hora suprema del suicidio y recordó de un golpe esta hermosa muchacha tan altiva. ¿Cómo se llamaría? Pero en el mismo instante, apretó los puños, pues no sentía en sí mas que odio por las gentes de ese hotel cuyas ventanas entreabiertas le dejaban apercibir algo de su severo lujo, y murmuró en un trasporte de ira:

—¡Oh! ¡yo me venderia, yo me venderia, si se me diesen los primeros cien sueldos de mi fortuna futura!

Esta idea de venderse lo ocupó un momento. Si hubiera habido en cualquier parte un Monte-Pio donde se prestase sobre la voluntad y la energía, hubiera ido á empeñarse allí.

Imaginaba operaciones: un hombre político venia á comprarlo para hacer de él un instrumento; un banquero lo tomaba para usar á toda hora de su inteligencia, y él aceptaba, teniendo el desden del honor, diciéndose que bastaba ser fuerte y triunfar un dia. Después, se sonrió. ¿Acaso se encuentra comprador? Los pillos, que acechan las ocasiones, andan en la miseria, sin poner jamás las manos sobre uno. Temió ser cobarde, y se dijo que inventaba con eso distracciones. Y se sentó de nuevo jurando que se precipitaria por la ventana conforme fuera noche.

No obstante, su fatiga era tal, que se durmió sobre la silla. Bruscamente fué despertado por un murmullo de voces. Era su portera que introducía en su casa una señora.

—Señor, dijo la portera, me he permitido hacer subir . . .

Y como ella se apercibió de que no habia luz en la habitacion, volvió á bajar vivamente en busca de una bujía. Parecia conocer la persona que traía, á la vez complaciente y respetuosa.

He ahí, volvió á decir, retirándose. Ustedes podrán conversar: nadie los molestará.

Nantas, que se habia despertado sobresaltado, miró á la dama con sorpresa. Ella se habia levantado el velo. Era una persona de cuarenta y cinco años, pequeña, muy gruesa, de rostro lleno y blanco, de vieja devota. No la habia visto jamás cuando le ofreció su única silla, interrogándola con la mirada: ella se nombró:

—La señorita de Chuin . . . Vengo, señor, para hablaros de un negocio importante.

El habia tenido que sentarse en el borde de la cama. El nombre de la señorita Chuin no le decia nada. Tomó el partido de esperar que tuviera á bien explicarse. Pero ella no se apresuraba: habia dado con una mirada la vuelta á la estrecha habitacion, y parecia titubear sobre la manera cómo entablaria la conversacion. Por fin habló, con una voz muy dulce, apoyando con una sonrisa las frases delicadas.

—Señor, vengo como amiga. . . Se me han dado sobre vos los datos más enternecedores. No creais sin embargo en un espionaje. No hay en todo esto mas que el vivo deseo de ser útil. Sé cómo os ha sido de ruda la vida hasta el presente, con qué coraje habeis luchado para encontrar una situacion, y cual es hoy el resultado molesto de tantos esfuerzos. . . Perdonadme una vez

más, señor, por haberme introducido así en vuestra existencia. Os juro que la simpatía solamente. . .

Nantas no la interrumpió, presa de la curiosidad, pensando en que la portera habia debido suministrar todos estos detalles. La señorita de Chuin podia continuar y sin embargo buscaba cada vez más cumplimientos, más maneras cariñosas de expresion.

—Sois un jóven de inmenso porvenir, señor. Me he permitido seguir vuestras tentativas y estoy vivamente impresionada por vuestra loable firmeza en la desgracia. En fin, me parece que iriais lejos, si alguien os tondiese la mano.

Se detuvo todavía, esperaba una palabra. El jóven creyó que esta señora venia á ofrecerle un empleo. Respondió que aceptaria todo. Pero ella una vez que el hielo estaba roto, le preguntó resueltamente:

—¿Experimentaríais alguna repugnancia en casaros?

—¡Casarme! exclamó Nantas. ¡Dios mio! ¿quién me querría, señora? . . . Alguna pobre muchacha que yo no podria ni alimentar siquiera.

—No, una jóven muy linda, muy rica, magníficamente emparentada, que os pondrá de un golpe en la mano los medios de llegar á la situacion más alta.

Nantas ya no reia.

—Entonces ¿qué es lo que hay que hacer? preguntó bajando instintivamente la voz.

—Esa jóven está embarazada, y es preciso reconocer el hijo, dijo simplemente la señorita de Chuin, que olvidó ya sus vueltas para ir al asunto de una vez.

La primer intencion de Nantas fué de poner en la puerta aquella entrometida.

—Es una infamia lo que me proponeis, murmuró.

—¡Oh! una infamia, exclamó la señorita de Chuin, volviendo á su voz melosa; no acepto esa palabra tan villana . . . La verdades, señor, que salvareis á una familia de la desesperacion. El padre ignora todo, el embarazo no está muy avanzado todavía; y soy yo quien ha concebido la idea de casar lo más pronto posible la muchacha, presentando al marido como el autor del niño. Yo sé lo que es el padre; moriria de pesar. Mi combinacion amortiguará el golpe, creerá en una reparacion . . . La desgracia es que el verdadero seductor está casado. ¡Ah, señor! háy hombres que carecen verdaderamente de sentido moral . . .

Hubiera podido seguir mucho tiempo así. Nantas no la escuchaba.

¿Porqué rehusaba, pues? ¿No buscaba hacia rato la manera de venderse? ¡Y bien! veniaselo á comprar. *Do ut des*. Daba su nombre y se le daba una situacion. Era un contrato como cualquier otro. Miró su pantalon salpicado por el barro de París, sintió que no habia comido desde la vispera, toda la cólera de sus dos meses de procuras y humillaciones le vino á la memoria.

¡En fin! iba á poner el pié en ese mundo que lo rechazaba y lo empujaba hácia el suicidio!

—Acepto, dijo friamente.

Luego exigió de la señorita de Chuin explicaciones claras.

¿Qué queria ella por su intervencion?

Ella se sublevó: no queria nada. Sin embargo, concluyó por pedir veinte mil francos sobre la suma de que lo hicieran posesor al jóven. Y como él no regateó, ella se mostró expansiva.

—Escuchad: soy yo quien he pensado en vos. La jóven no ha dicho no, cuando os he nombrado. . . ¡Oh! es un buen negocio; me lo agradeceréis más tarde. Hubiera podido encontrar un hombre de títulos; conozco uno que me habria besado las manos. Pero he preferido escoger fuera del mundo de ese pobre niña. Esto parecerá más novelesco. . . Además, vos me gustais. Sois gallardo, teneis la cabeza sólida. ¡Oh! iréis lejos. No me olvidéis; soy toda para vos.

Hasta allí ningun nombre habia sido pronunciado. A una interrogacion de Nantas, la vieja señorita se levantó y dijo presentándose de nuevo:

—La señorita de Chuin Estoy en la casa del baron de Danvilliers desde la muerte de la baronesa, en calidad de ama de llaves: Soy yo quien ha educado á la señorita Flavia, la hija del señor baron La señorita Flavia es la jóven en cuestion.

Y se retiró despues de haber discretamente depositado sobre la mesa un rollo que contenia billetes por quinientos francos.

Era un adelanto hecho por ella, para subvenir á los primeros gastos. Cuando estuvo solo, Nantas fué á ponerse en la ventana. La noche estaba muy negra; no se distinguia más que la masa de los árboles entre la espesura de la sombra; una ventana con luz se destacaba de la fachada oscura del hotel. Así, era esa corpulenta jóven rubia que andaba con un paso de reina y que parecia no apercibirse de él.

Ella, ú otra, qué importaba por lo demás! La mujer no entraba en la operacion. Entónces, Nantas levantó los ojos más alto sobre Paris que murmuraba en las tinieblas, sobre los muelles, las calles, las encrucijadas de la ribera izquierda, alumbradas por movibles llamas de gas; y tuteó á Paris, se volvió en familiar y superior.

—Ahora, tú eres mio!

(Continuara)



(CONTESTACION)

FES de tarde; una sombra oscura y trémula
Parece que vagara por las plantas,
Así como las sombras de las penas
Que vagan indecisas por el alma.

La natura sonrie, pero tiene
Algo de melancólica y de pálida. . . .
Sonrie con las flores que perfuman
Y llora con rumores de cascada!

Y yo leo tus versos; ni sonrio
Ni mis párpados vierten una lágrima. . . .
Hay en ellos tan frio desaliento
Y tanta indiferencia concentrada! . . .

El estado más triste del poeta
Es el que está pasando por tu alma. . . .
No prolongues la cruel indiferencia,
Despierta, olvida tu dolor y cantal

O no olvides; padece, aunque desgarras
Las fibras más sensibles de tu alma. . . .
Canta en las cuerdas de tu dulce lira
La historia de tu amor y de tus lágrimas!

Si el dolor nos acosa, si ese cuervo
Sobre nuestra cerviz bate sus alas,
Inclinar la cabeza es ser pequeño,
Y es ser grande y altivo, levántalal..

En la lucha continua de la vida
El alma vigorosa, bien templada,
Traspone las montañas del martirio,
Y valiente se eleva como el águila!

¿Cómo se iergue el abatido roble? . . .
Me preguntas.—Despues de la borrasca

Se iergue alzando su soberbia copa,
Agitando sus hojas y sus ramas!

¿Cómo puede sentir la dura roca?
Me preguntas tambien.—La roca estalla
Al ejercer presion entre sus grietas
Una sola, una sola gota de agual

Eres un niño aun y ya te encuentras
Desalentado en la primer jornada. . . .
Empuña tu baston de peregrino,
Tén fe en el porvenir, y avanza, avanza!

No te arredren las zarzas del camino
Y aunque sientas que herida esté tu planta,
Del destino cómbate los rigores
O sucumbe con honra en la batalla!

Tienes inspiracion y pocos años
Y ha sido ya tu lira laureada,
Y estás sin entusiasmo. . . ¡ay! ¿es posible
Que no te inspire amor tu her-nosa patria?..

Levántate! . . . Si prostra la indolencia,
La indolencia que al hombre lo degrada,
Al poeta, que es ángel, lo destierra. . . .
¡El, que debe cantar las glorias patrias! . . .

¿Dónde están esas glorias? . . . ¡Ay! . . . ahora
Siento ya en el párpado una lágrima. . . .
¿Las glorias de mi patria, dō se encuentran? . . .
—Con sus héroes están amortajadas! . . .

Me parecia verlas suspirantes
El día funerario de las ánimas,
Circundar las augustas sepulturas
Y ocultarse despues bajo sus lápidas! . . .

Pero no, que las glorias inmortales,
Los venerados timbres de esta patria,
No se pueden hundir entre las tumbas
Aunque de ellas hoy triste se levantan! . . .

Despertando en el pueblo indiferente
El amor que debemōs á la patria,
Es como cumple su mision el bardo,
Mision que tienes tú tan olvidada!

No vuelvas á decir, jóven amigo,
«Yo me abandono al dulce no hacer nada». . . .
Recuerda que primero que á ti mismo
Te debes más que nunca, hoy, á tu patria! . . .

Zulema.

Montevideo, Noviembre de 1883.

PASATIEMPO

T . . . muestra á un bohemio un billete de cien pesos nacionales.

— Este billete es de la nueva emision, dtce T. . . , todavia son raros.

El bohemio responde sentenciosamente:

— En principio, un billete de cien pesos siempre es raro.

X... es presidente de una sociedad de templanza.

Después de una sesión tempestuosa se apoderó de él un coloso constipado.

Hace llamar al doctor Purgervide.

—Hay un remedio muy sencillo, dice el príncipe de la ciencia, tomad varios bols de punch; nada más tónico para las mucosas.

—Oh! Shocking! un presidente de una sociedad de templanza! Tengo coñac, pero qué diría mi ama de llaves si le pidiera agua caliente: sospecharía la cosa.

—¡Decidle que es para afeitarnos!

—Es una buena idea.

Algunos días después, el doctor Purgervide vuelve a pasar por la casa de su cliente y amigo. Como X... estaba ausente, preguntó al ama de llaves:

—¿Cómo sigue el señor?

—Bien; pero creo que está algo loco; desde vuestra visita se afeita diez veces por día!

El tren va a partir.

Una dama se para ante la portezuela del wagon de los fumadores.

—Subid, señora, le dice un viajero.

—Perdonadme señor, busco el compartimento de las damas solas.

—Y bien! estareis sola... conmigo.

—¿Es su hijo de Vd? pregunta un amigo a Calino, que se pasea con una criatura.

—Lo es.

—¿Cuántos tiene?

—Señor, por ahora sólo este: es el mayor.

Un médico deplora la suerte de un colega muerto prematuramente.

—Y, con todo, no murió por falta de cuidados. Yo y otros dos colegas no lo abandonamos un momento en los días de su vida.

—Desgraciado! qué podía hacer contra tres!

En el tribunal.

—Acusado, ¿vuestro nombre?

—El mismo que os di el mes pasado, señor juez.

—Dígame: qué es lo que hace vd.?

—La desesperación de mi familia.

Un ganapan roto, repelente, es detenido por vagabundo.

El Juez le pregunta:

—¿Cuál es vuestro estado?

El impasible:

—Rentista.

Se habla de un banquero famoso por sus caídas.

—Bah!... dice uno, salta pero cae siempre de pié...

—Ah! esclama una víctima, frecuentemente cae sobre los piés de los demás!

Genuinamente femenino.

Encuétranse en un teatro oyendo Maria Antonieta dos damas. Una de ellas dice a la otra:

—¿Cómo, querida amiga, no llorais? yo he mojado ya dos pañuelos.

—¡Oh! yo también lloraría, pero tengo que ir después de la función a un baile.

Venta maestra.

Se lee en un periódico portugués:

«Próximamente se venderá una colección de esqueletos de todos los países del mundo, juntados desde hace varios años por un sabio portugués».

Y digan después que *les portugais sont toujours gais!*

La condesa X... que tiene 75 años, decía ayer hablando de uno de sus amigos:

—No sé lo que es de él. Hace un siglo que no lo veo.

Entonces el señor Calino, graciosamente, dice:

—¡Oh! condesa, no os creía de tanta edad.

X... consulta a uno de sus amigos sobre el tratamiento que debe hacer seguir a su suegra que está muy enferma:

—¿Debo dirigirme a un alópata ó a un homeópata?

—Pauh! valen tanto los unos como los otros; los primeros matan a sus enfermos y los otros los dejan morir.

—Entonces buscaré a un alópata; la pobre mujer sufrirá menos.

Un rico *parvenu* se alaba a menudo de su origen; está orgulloso de las dificultades que ha debido vencer para llegar a la fortuna, y exclama de tiempo en tiempo:

—¡Me he formado yo solo!

Se le ofrecían pájaros en escabeche en una casa en que comía.

—¡Gracias! respondió, no como sinó los pájaros que yo mismo cazo.

Otra vez lo invitaron a tomar una tortilla, diciéndole:

—¿Por acaso, no comeis sinó los huevos q' vos mismo poneis?

A propósito de la reaparición de Teresa, artista poco aplaudida en su juventud, quizás porque era flaca y fea:

—Esta mujer, decía X... se ha puesto bonita al envejecer.

—Y bien! qué, dijo otro, es una mujer fea mal conservada!

—Diga usted, mi primero. ¿Cómo se hacen los cañones?

—¡Qué torpes son estos quintos! Cojes un agujero, le pones hierro alrededor, y ya está.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 19

CHARADAS

1.ª Arbusto — 2.ª Oscuridad

Fueron decifradas por Lohb, Flora, Dime, y Cándido

FUGA DE VOCALES

No has visto alguna vez del rayo herido

Desgajarse y rodar cedro gigante

Llenando de terror al caminante

Entre los bosques al azar perdido?

FUGA DE CONSONANTES

Viste cómo la tórtola en su nido

Llora la ausencia de su tierno amante

Y cómo el sol derrite en un instante

El alud de la sierra desprendido?

FUGA DE UNA LETRA SI Y OTRA NO

No vistí en fin sobre el tranquilo cielo

Estenderse las nubes poco a poco,

Y de sombras y horror cubrirse el suelo?
 ¿Viste el arbusto que produce el coco?
 Pues cese ya tu afán y tu desvelo.
 Que si tú no lo has visto, yo tampoco.

Cándido y Flora enviaron solución de la 1.ª y 3.ª fugas.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª Vergüenza—2.ª Palitero—3.ª Sápido—4.ª Insipido

Las cuatro fueron descifradas por Uno, A. B. C. y Flora.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
A 4 AR (jaque)	R 2 R
D 6 D (jaque)	C toma D
A 5 CR (mate)	

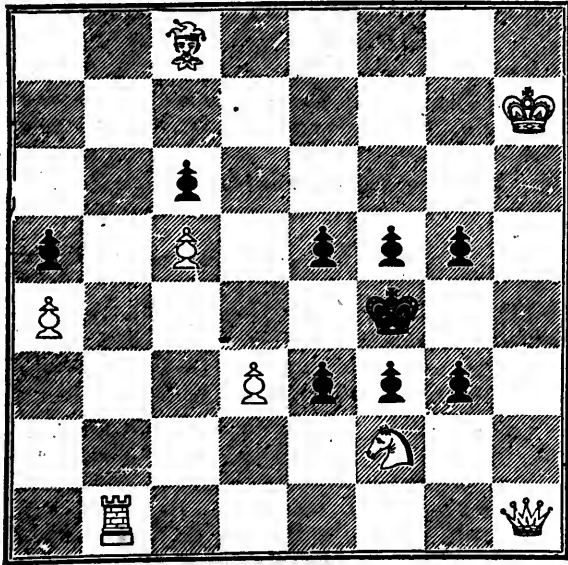
El Duende, Eduardin, y Ed. Loedel nos remitieron la solución.

GEROGLÍFICO N. 19

Una novela entretiene pero á veces no conviene.

Fue descifrado por S., Flora, Yo, P. S., y Laertes.

**Problema de Ajedrez por X Y Z
 NEGRAS**



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

FUGA DE VOCALES

¡D.s.t.d.—l.—r.,d.l.—d.—l.—.rm.n.,
 c.ut.d - p.t.s!—nm.rt.l—m.m.r..
 .s—d.l.c.—pr.m.—.l.—f.l.z—v.ct.r..
 q.—t.nt.—,t.nt.—c.nq..st.r—s.—.ns..
 ¿N.—h.—p.n—n—v.—str.—h.g.r?—¡Q.—fr.sl.r.!!
 ¿Q...n—p..ns.—n.—s.—c.nd.—s.br.—gl.r..?
 ¡Pr.s.,—v.l—pr.s.!—¡d.l.zn.bl.—sc.r..!
 ¡M.s.—lt.—m.r.—l.—g.nt.l—p.s.!!
 ¿Q.—.mp.rt.—q.—l.—m.s.r.—nv.lt.r.
 .l—h.mbr.—q.j.—s.—l.—s.n—r.d..
 l.r.—q.—n—lg.—d.—nm.rt.l.—.g.r.?
 M.s—d.l.c.—l.—v.—n.—s.—d.l.r—g.rj..
 ¡C.nt.d, -c.nt.d,—q.—l.—h.mn.—d.—.m.r.g.r.
 m.s—gr.t.—c.s.—p.r.—l.—v.lg.—s.!!

SALTO DE CABALLO

can	dia	las	re	su	go	tris	Es
rie	no	en	unas	tes,	go,	bran	Ten
sa	to	Sin	del	co	las	par	lue
Mas	go,	ma	llan	rie	res	ma	ver
tas	pa	las	que	al	con	da	cen
Y	res.	to. 64	gue	flo	las	al	mia,
no	de	o	nas	mas	res	sua	vi
lo	lle	que	flo	ves	de	Por	Que

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

GEROGLÍFICO Y CHARADA

